

caza del lobo la ejecutaba especialmente el pueblo.

La representación frecuente de lobos marinos dentro de la cerámica testimonia, indudablemente, que este anfibio desempeñaba un importante rol dentro de la cacería mochica. No sabemos a ciencia cierta qué utilidad obtenían de él, pero es presumible que fueran perseguidos y cazados para aprovechar su grasa y su cuerpo. Algunos historiadores aseguran que de la piel del lobo se hacían balsas; sin embargo, hasta hoy no hemos encontrado una comprobación fehaciente de tal uso. Además, como ya hemos visto al estudiar la agricultura, los lobos de mar eran cogidos en las islas para ser sacrificados en homenaje a las divinidades del océano.

LA PESCA

Siendo el territorio mochica esencialmente costero, la mayoría de sus pobladores, especialmente los que vivían a orillas del mar, se dedicaba con gran empeño a la pesca, intensa actividad que desde tiempos prehistóricos se encontraba grandemente desarrollada, y jugaba un rol esencial en la satisfacción de las necesidades nutricias de los pobladores que nos ocupan. Los mochicas se sirvieron de la pesca preferentemente y alcanzaron un buen grado de adelanto en su práctica, porque no solamente contaron con costas bajas que encierran playas magníficas, como las de Malabrigo, Huanchaco y Puerto Morin, entre otras, peñascos revestidos de diversidad y gran cantidad de mariscos, y la mejor bahía del Perú, que es, sin duda, Chimbote, sino también que desde un comienzo la pesca atrajo toda la atención de los primitivos pobladores, ya que fue su esencial medio de vida.

Todos los restos de su industria y las demás huellas que han dejado acreditan fehacientemente que la industria pesquera estuvo muy desarrollada. Examinando la pictografía mochica comprobamos que la actividad favorita de Ai Apaec y de los grandes jefes consistía en frecuentes excursiones marinas en pos de la codiciada fauna oceánica. Además, los *kjiooknmodings*, que están regados a lo largo del litoral, nos ofrecen numerosos restos de conchas, espinas de peces y demás restos de alimentos y utensilios de origen marino. No es raro tampoco encontrar dentro de las tumbas restos de crustáceos, peces y otros seres acuáticos en calidad de ofrendas votivas.

Para la aprehensión de la riqueza marina utilizaron una especie de balsa hecha de corteza o totora (Fig. No. 411).

La capacidad de estas embarcaciones se limitaba generalmente a dos personas: una se instalaba en la popa y la otra en la proa. De la parte media del borde inferior, en sentido longitudinal, se colgaban piedras aprisionadas en unas redecillas que servían para mantener el equilibrio de la embarcación en el agua, la misma que era impulsada por remos hechos de caña de Guayaquil o por palas de madera muy liviana. De estas barcas se servían también para alejarse del litoral hacia las islas, y de ellas hay en nuestros días rezagos entre los pescadores de Chimbote.

Para la pesca en los lugares cercanos a tierra empleaban los “caballitos” (Fig. No. 412), que son hasta la fecha las embarcaciones de los modernos pescadores indígenas que viven en muchos pequeños puertos y caletas, quienes forman comunidades de individuos de caracteres raciales comunes. Todavía es dable admirar hoy la destreza de los que manejan estas frágiles embarcaciones y su arrojo cuando, arrodillados sobre la “cintura” de sus “caballitos”, desafían el mar incluso en los días de mayor turbulencia. Los pescadores de Puémape, Huanchaco y Chimbote son vivo ejemplo de lo que decimos.

La construcción de esta singular barca dura un tiempo increíblemente corto, apenas si una hora. Para ello, los huanchaqueros siegan la corteza madura que dejan secar por algunos días. Cuando está a punto de manufactura, es decir, deshidratada, forman de primera intención dos grandes “bastones” o haces que se componen de pares de tallos iguales, generalmente de 100 en cada “bastón”. Desde su base se empiezan a liar estos “bastones” o cuerpos fusiformes con una larga y fuerte cuerda denominada quiranga, que va enrollándose cada vez en menor espacio. A un metro de la base o punto de partida se colocan dos nuevos “bastones” —más pequeños y que tienen el mismo número de pares de tallos de corteza— destinados a formar la “caja” del “caballito”. La cuerda une fuertemente estos haces con los primarios hasta fundir todos en un solo gran cuerpo. A partir de la unión de los nuevos “bastones” se ensancha el “caballito”; allí se le hace una doble amarra o ligadura con un cable que se le denomina huangana. Esta ligadura forma la “cintura” del “caballito” y es el sitio donde se acomoda el pescador que tripula esta pequeña embarcación. De la huangana penden dos extremos: uno de dos puntas y el otro con una oreja formada por un nudo que se denomina “seno”. Con una de estas puntas se ajusta una nueva huangana en la base de los “bastones” y casi encima de las primeras quirangas,



Fig. No. 411.- Pescador mochica sobre una balsa de totora, dedicado a su faena cotidiana. Lleva en la cabeza el plumaje distintivo de su oficio. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-002-001)



Fig. No. 412.- Pescador huanchaquero junto a su preciado caballito, con su remo en la mano.

y el resto se asegura en la oreja o “seno”. Con la otra punta sobrante se va ligando hasta tocar con el extremo de la proa del “caballito”. La huangana es la que da verdadera consistencia a la frágil embarcación. Al ejecutarse las amarras mencionadas es que se le da al “caballito” su verdadera conformación en cuanto a curvatura y ensanchamiento, y es cuando se cuida de estibarlos para conseguir un equilibrio a prueba. La serie de ilustraciones que insertamos en estas notas ayudará a comprender mejor la breve descripción de los “caballitos”, verdaderas joyas tradicionales (Figs. Nos. 413 a 416).

La duración de estas navecillas no pasa de 15 días, al cabo de los cuales la materia prima de que están hechas se emplea en la manufactura de esteras y en los paramentos y puertas de las habitaciones hechas con esta fibra. Cada “caballito” puede contener de quince a veinte róbalos de regular tamaño, que se aseguran a la amarra de la “cintura”, por lo cual también se denomina a esta parte de la embarcación “atrincadero”. Una pequeña redcilla llamada calcal sirve para contener los peces menudos.

Como utensilios de pesca los antiguos mochicas emplearon el arpón con punta triangular, arma que estaba destinada a los lobos y peces corpulentos. El anzuelo encorvado y sencillo –sin el tajo de seguridad o “arponcito” que hoy lleva– se destinaba a los peces menudos. En la figura No. 417 puede verse una serie de anzuelos muy antiguos, y pueden apreciarse fácilmente las grandes diferencias que los separan de los modernos.

Estos pequeños anzuelos se aseguraban a los extremos

de las cuerdas, de la misma manera que hoy. En lugar de plomo, para lograr su inmersión se utilizaban pequeños cantos rodados o pedazos de cobre, y los frutos huecos de las lagenarias servían como excelentes flotadores.

En cuanto concierne a la utilización de la red (Fig. No. 418), los mochicas la emplearon y estaban por tanto familiarizados con su manejo. La red, como ya hemos visto, tenía importante aplicación en la cacería del venado y otros animales. Sin embargo, no hemos encontrado pictografía ni modelado alguno que nos dé noticias suficientes sobre su uso en el mar, pero el conocimiento de este trabajo corría parejo con las primeras manifestaciones culturales del hombre del litoral peruano. Las redes que hemos encontrado en unas tumbas excavadas en el paraje denominado El Brujo pertenecen a la época chimú y a períodos lindantes con la conquista hispana, y ellas llaman la atención del observador por su consistencia y la perfección de su factura.

Los mochicas pescaron indudablemente todos los animales que constituyen hoy la base de la alimentación del hombre peruano de las riberas del Pacífico. Dentro de la cerámica nos ha sido posible identificar las siguientes variedades: el toyo, la manta, el chirlo, el bonito y la corvina, entre los peces de agua salobre; y el bagre, la mojarrilla y la lisa, entre los de agua dulce.

Los mochicas buscaron con avidez los mariscos, entre los que hemos encontrado representados el caracol, la estrella de mar, las conchas, los barquillos y los ancocos. También pescaron crustáceos. De ellos hay representados



Fig. No. 413.- Caballitos pilotados por huanchaqueros de regreso a las playas.



Fig. No. 414.- Divinidad bogando en un "caballito", simbolizado en forma de pez, para dar idea del dominio de las aguas alcanzado por los mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (075-004-005)



Figs. Nos. 415 y 416.- Arrodillado y estoico, el pescador norteño de hoy desafía al mar en su turbulencia, manteniéndose siempre en perfecto equilibrio. Derecha: sacando el "caballito" de las aguas. Se puede apreciar perfectamente la base de éste.



Fig. No. 417.- Prehistóricos anzuelos chimús, muy similares a los que aparecen en las pictografías mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 418.- Pescadores portando una red.

el cangrejo de mar y de río, y figuran además algunas variedades como el llamado mail mail y el común. Los camarones marinos y fluviales han sido modelados con gran dosis de realismo en la cerámica. Para las bestezuelas que se adhieren fuertemente a las rocas utilizaban instrumentos de madera que llevaban una de sus puntas afiladas, que permitían desprenderlos fácilmente. En la actualidad es de uso común este instrumento entre los pobladores de Puémape.

Si bien el strombo y la concha de puntas, *spondylus pictorum*, moluscos propios de los mares cálidos, se encuentran frecuentemente representados en la cerámica,

ya como instrumentos de viento o bien en calidad de vasos votivos, su presencia en el sector marino que nos ocupa fue desconocida. Lo mismo ocurre con la concha de abanico que abunda en Chimbote, hacia el sur, y que hemos encontrado profusamente regada en las tumbas mochicas de la región descrita, principalmente en El Brujo, en los cementerios de Salamanca, en la huaca Pan de Azúcar II de Chiquitoy y en Quemazón (hacienda Sausal). Estos moluscos, por su rareza, fueron seguramente muy apreciados y empleados como ofrendas funerarias. El *spondylus pictorum* y el strombo seguramente procedían de las costas centroamericanas.



Fig. No. 419.- Escena de pesca en la que intervienen altos jefes que han sido hábilmente idealizados por el artista.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 420.- Escena totémica de pesca. Su conjunto y armonía son admirables.
Museo Nacional de Arqueología y Antropología (2432)

Como ha podido apreciarse, la pesca fue una primordial ocupación de los antiguos mochicas y logró gran auge y perfección (Figs. Nos. 419 y 420). Las fuentes de la prehistoria peruana ofrecen datos de gran interés acerca de esta fructífera actividad entre los habitantes de la región del norte peruano. El historiador español Sebastián Lorente, en su importante tratado sobre la civilización peruana (Lima, 1879), trae los siguientes datos que no requieren comentario:

“Lo principal que se hizo en lo que se refiere a la pesca” –dice respecto de los incas– “fue la traslación de algunos pescadores que habitaban junto al Pacífico a las

orillas del Titicaca, donde todavía pueden reconocerse vestigios de los chimús trasladados, y a las márgenes del Marañón, en las que algunas comunidades se distinguen por el uso de la lengua ‘mochica’”.

Estas aseveraciones prueban, pues, que el arte de la pesca con todos sus adelantos lo aprendieron los incas de los antiguos pobladores del norte peruano, a quienes dominaron y “civilizaron”. Además, esta perfección en el arte e industria que nos ocupa databa de la brillante época mochica, verdadero reguero de luz en la nebulosa que aún cerca el origen de las grandes culturas del Perú precolombino.